

## DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS.

### **La identidad y la vocación del catequista**

110. «En la constitución del cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios» (LG 7). En virtud del Bautismo y de la Confirmación, los cristianos son incorporados a Cristo y participan en su oficio sacerdotal, profético y real (cf. LG 31, AA 2), son testigos del anuncio del Evangelio con la palabra y el ejemplo de la vida cristiana. Algunos de ellos «pueden ser llamados a cooperar con el Obispo y con los presbíteros en el ejercicio del ministerio de la Palabra»<sup>127</sup>. En el conjunto de los ministerios y de los servicios con los que la Iglesia lleva a cabo su misión evangelizadora, el «ministerio de la catequesis» ocupa un lugar significativo e indispensable para el crecimiento de la fe. Este ministerio introduce en la fe y, junto con el ministerio litúrgico, engendra a los hijos de Dios en el seno de la Iglesia. La vocación específica del catequista tiene, por tanto, su raíz en la vocación común del Pueblo de Dios, llamado a servir al plan salvífico de Dios en favor de la humanidad.

111. Toda la comunidad cristiana es responsable del ministerio de la catequesis, pero cada uno según su condición particular en la Iglesia: ministros ordenados, personas consagradas, fieles laicos. «A través de ellos, en la diversidad de sus funciones, el ministerio catequístico ofrece de modo pleno la palabra y el testimonio completos de la realidad eclesial. Si faltase alguna de estas formas de presencia la catequesis perdería parte de su riqueza y significación»<sup>129</sup>. El catequista pertenece a una comunidad cristiana y es expresión de ella. Su misión se vive dentro de una comunidad que es el primer sujeto de acompañamiento en la fe.

112. El catequista es un cristiano que recibe la llamada particular de Dios que, acogida en la fe, le capacita para el servicio de la transmisión de la fe y para la tarea de iniciar en la vida cristiana. Las causas inmediatas por las que un catequista es llamado a servir a la Palabra de Dios son muy variadas y todas son mediaciones que Dios, a través de la Iglesia, utiliza para llamarlo a su servicio. Gracias a esta llamada, al catequista se le hace partícipe de la misión de Jesús que conduce a sus discípulos a entrar en relación filial con el Padre. Pero el verdadero protagonista de toda auténtica catequesis es el Espíritu Santo que, a través de la profunda unión que el catequista mantiene con Jesucristo, hace eficaces los esfuerzos humanos en la actividad catequística. Esta actividad se realiza en el seno de la Iglesia: el catequista es testigo de su Tradición viva y mediador que facilita la inserción de los nuevos discípulos de Cristo en su Cuerpo eclesial.

113. En virtud de la fe y la unción bautismal, en colaboración con el magisterio de Cristo y como servidor de la acción del Espíritu Santo, el catequista es:

- a. testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios. Al experimentar la bondad y la verdad del Evangelio en su encuentro con la persona de Jesús, el catequista custodia, alimenta y da testimonio de la vida nueva que de él deriva y se convierte en un signo para los demás. La fe contiene la memoria de la historia de Dios con la humanidad. Custodiar esta memoria, despertarla en los demás y ponerla al servicio del anuncio es la vocación específica del catequista. El testimonio de vida es necesario para la credibilidad de la misión. Reconociendo su propia fragilidad ante la misericordia de Dios, el catequista nunca deja de ser un signo de esperanza para sus hermanos;

- b. maestro y mistagogo que introduce en el misterio de Dios, revelado en la Pascua de Cristo. Como icono de Jesús Maestro, el catequista tiene la doble tarea de transmitir el contenido de la fe y de conducir al misterio de la misma. El catequista está llamado a abrir a la verdad sobre el hombre y sobre su vocación última, comunicando el conocimiento de Cristo; y, al mismo tiempo, introducir en las diversas dimensiones de la vida cristiana, desvelando los misterios de la salvación contenidos en el depósito de la fe y actualizados en la liturgia de la Iglesia;
- c. acompañante y educador de quienes le han sido confiados por la Iglesia. El catequista es un experto en el arte del acompañamiento<sup>131</sup>, tiene competencias educativas, sabe escuchar y guiar en el dinamismo de la maduración humana, se hace compañero de viaje con paciencia y con sentido de la gradualidad; dócil a la acción del Espíritu, en un proceso de formación, ayuda a sus hermanos a madurar en la vida cristiana y a caminar hacia Dios. El catequista, experto en humanidad, conoce los gozos y las esperanzas del hombre, sus tristezas y angustias (cf GS 1) y sabe cómo relacionarlas con el Evangelio de Jesús.

121. A través de su inserción en el mundo, los laicos prestan un servicio muy valioso a la evangelización. Su específica manera de vivir como discípulos de Cristo es una forma de anuncio del Evangelio. Comparten todas las formas de compromiso con otras personas, impregnando las realidades temporales del espíritu del Evangelio. La evangelización «adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo» (LG 35). Los laicos, al dar testimonio del Evangelio en diferentes contextos, tienen la oportunidad de interpretar los acontecimientos de la vida de manera cristiana, de hablar de Cristo y de los valores cristianos, de dar razones de sus decisiones. Esta catequesis, por así decirlo espontánea y ocasional, es de gran importancia porque está íntimamente relacionada con el testimonio de vida.

122. La vocación al ministerio de la catequesis brota del sacramento del Bautismo y se fortalece con la Confirmación, sacramentos por los que el laico participa en el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo. Además de la vocación común al apostolado, algunos fieles se sienten llamados por Dios a asumir la misión de catequistas en la comunidad cristiana, al servicio de una catequesis más orgánica y estructurada. Esta llamada personal de Jesucristo y la relación con él son el verdadero motor de la acción del catequista: «De este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de evangelizar, y de llevar a otros al “sí” de la fe en Jesucristo. La Iglesia suscita y discierne esta vocación divina y confiere la misión de catequizar.

123. «Sentirse llamado a ser catequista y recibir de la Iglesia la misión para ello, puede adquirir, de hecho, grados diversos de dedicación, según las características de cada uno. A veces, el catequista solo puede ejercer este servicio de la catequesis durante un período limitado de su vida, o incluso de modo meramente ocasional, aunque siempre como un servicio y una colaboración preciosa. No obstante, la importancia del ministerio de la catequesis aconseja que en la diócesis exista, ordinariamente, un cierto número de religiosos y laicos, estable y generosamente dedicados a la catequesis, reconocidos públicamente por la Iglesia, y que —en comunión con los sacerdotes y el Obispo— contribuyan a dar a este servicio diocesano la configuración eclesial que le es propia»